

dilema: o se fija por medio de una ley hasta dónde va y de dónde no debe rebasar el ejercicio de la facultad que al Presidente de la República confiere la segunda parte del artículo 28 de la Constitución, a fin de determinar, en fuerza de la doctrina que estableció el artículo 29 del Acto legislativo número 3 de 1910, hasta dónde va y dónde termina la responsabilidad ejecutiva en relación con el principio de la seguridad personal; o se deroga dicho artículo 29, y para reemplazarlo se revive el artículo 122 de la Constitución que hizo irresponsable al Presidente en cuanto violara dicho principio en caso de graves temores de perturbación del orden público.

El país agradecería a sus legisladores que, en materia de suyo tan grave, procedieran con franqueza y sin emboscadas.

IDEALES DE LA VIDA

LOPEZ DE MESA

Á mis compañeros de redacción dedico este ligero ensayo como sincera demostración de gratitud y grande aprecio que en mí han creado con su esfuerzo en favor de ideales casi exóticos a fuer de desinteresados y serenos.

Director de *Cultura*, por exquisita benevolencia suya, quiero y debo, al retirarme, quizá definitivamente, de estas labores, rendir ante el país a mis compañeros el tributo de mi admiración por la pureza de su voluntad y la labor de su entendimiento, que han hecho posible durante un año la aparición de una revista incólume de todo pecado de parcialidad y de egoísmo.

Hace algunos años me encontraba de vacaciones en un hermoso valle de clima medio. En mi relativo aislamiento me sorprendió uno de aquellos días la llegada de

un viajero de tan sugestiva conversación que me ha dejado imperecedera memoria: tenía el dón de una palabra evocadora, y sus frases más parecían esculpir ideas que interpretar el pensamiento.

Quizá esto y el ansia misma de cambiar impresiones tanto tiempo acumuladas, nos ligó prontamente en una conversación amistosa sobre los problemas de la vida y la interpretación de la naturaleza.

Sentados en un amplio corredor que cerraba en todas direcciones el espeso follaje de una fértil enredadera florecida, la luz plenilunar llegaba hasta nosotros filtrándose a través de los tallos retorcidos y de las hojas, y simulando en el pavimento un mosaico de tembloroso claroscuro.

Sostenía yo la tesis pesimista de que el vivir es penoso e inútil, y, llevado quizá de la neurosis que dejan los estudios, tuve afirmaciones demasiado categóricas sobre el predominio del dolor y la ineficacia del esfuerzo humano.

Mi compañero, que en un principio seguía despreocupadamente la conversación, me dijo: ¿sí será verdad que es insustancial la vida y que consigo lleva una resultante de dolor?

Mi escasa filosofía no sabía entonces vacilar y afirmé categóricamente que es penosa y muy inútil, mientras él con marcado ahinco parecía hilvanar en su interior una serie de argumentos: aspiraba lenta y profundamente el humo de un cigarro y casi no movía los ojos que miraban sin precisión al espacio. Nó, no estamos de acuerdo, me dijo: hay en la vida inteligente y animal revelaciones de intenso placer, y lo que es mejor aún, de nobilísimos placeres.

Ruego a usted, le respondí, que hagamos un balance de la vida y ya verá que nos resulta desfavorable.

Acepto, replicó pausadamente, pero he de decirle primero cuanto se me ocurra, y luego hablará usted. Quisiera, sin embargo, ordenar en tal forma mi pensamiento

que abarcara lo más importante de la vida, sin perderme en detalles inútiles. Porque lo que usted me propone lo he meditado tanto que ya deseo precisarlo de palabra.

De los primeros años en que tuve conciencia de mí y de la vida recuerdo la emoción placentera, la vivísima emoción que nos da el conocimiento de las cosas. Cuando vemos por primera vez algo, un campo de cultivos, desde la choza humilde hasta el trigal que ondula al viento en suaves mareas, los maizales de hojas encartuchadas que se elevan de la tierra fresca, plenos de savia y de verdura; cuando vemos por primera vez el bosque silencioso y perfumado con fuerte aroma de musgo, de roble y laurel, las palmeras de la llanura distante, el río que serpentea allá en un horizonte lejano y la ciudad desconocida que eleva en el recodo del valle sus cúpulas rosadas, en medio de jardines y de la recta impecable de sus avenidas; seres y cosas se llegan al alma ingenua de nuestra infancia con una sugestión confusa de novedad y de revelaciones, a veces tan vivas y rápidas que simulan una remembranza y un reconocimiento, como si ya se nos hubieran aparecido en una vida anterior. El ojo ávido del niño los contempla extasiado, y quiere palparlos, preguntarles aturdidamente el cómo y el porqué de su existencia. Les da un alma sensitiva y les habla, los acaricia, los ama y los protege. Ante ellos siente dilatarse su personalidad, nuevos horizontes vislumbra su espíritu estupefacto y busca a su madre para transmitirle atropelladamente ese mundo de revelaciones, oír de sus labios más y más enseñanzas, anécdotas fingidas o reales, consejas del pueblo, cuentos de nodriza: mil y mil palabras que, mezclando y combinando la imaginación del niño, constituyen su mundo interior, fantástico en las formas, fundamental y sustantivo en el fondo. Sus ojos se aquietan, su imaginación errabunda se agita aún y construye, hasta que, adormecido, sueña con cosas ignotas y raros sucesos de una vida fantástica. Y más tarde, cuando

nos iniciamos en las ciencias, va nuestro espíritu maravillado aprendiendo la constitución íntima de las cosas que vemos, de los campos que holló nuestra planta, la vida celular de los vegetales y de los animales en su misterioso desenvolvimiento, desde el germen imperceptible hasta la gradación sugestiva de las especies; el quimismo de la célula y la armoniosa combinación de los tejidos, el ciclo vital y la disolución de la muerte; la marcha de los vientos y las transformaciones físicas del agua, los fenómenos de la electricidad, del calor y de la luz, la sistematización de los mundos y las hipótesis sobre el universo. Y volviendo hacia el pasado nuestra mirada escrutadora vivimos con emoción de lejanía y de misterio la vida de la especie humana en su historia, colocando nuestro espíritu en variadas condiciones para ver lo que pudiera sentir e imaginar en remotos tiempos, bajo otros soles y en otros climas.

¿No es esto una suprema alegría que nos da la conciencia? Lentamente se van espaciando estas emociones. Pero aun de hombres, en los viajes, en los libros y en el alma de nuestro prójimo hallamos otra vez la aparición imprevista, el sér desconocido o el hecho novedoso que nos embriagan con la alegría de un descubrimiento. Al conocimiento va ligada una ignota simpatía que parece emanar de nuestro común origen con los seres y las cosas de la naturaleza. Si ahondamos en esa emoción del reconocimiento surge la idea de una fraternidad: hay atracción, ingenua confianza, deleitosa posesión, como si nuestro sér se compenetrara dulcemente con su medio; como si a nosotros nos llegaran del seno de las cosas hilos invisibles de fraternidad. Y no puede negarme usted que ese placer del conocimiento es una incomparable bienvenida que nos da la naturaleza, y que esa felicidad se basa en la armonía de nuestro existir con la existencia de los demás seres. Si más tarde no se nos revela su percepción con aquel arro-

bamiento, culpa es de nosotros que no paramos mientes en ello, y vamos demasiado aprisa, sin contemplación reflexiva y evocadora.

El conocimiento es, pues, una fuente inagotable de felicidad que si cultiváramos con tesón compensaría de suyo los contratiempos de la vida y aun la medrosa interpretación de los arcanos. Dilata nuestro sér hasta los confines del espacio y del tiempo, y en misteriosa reciprocidad reduce a nuestro espíritu el armonioso sistema de los mundos y la vida

—Qué más quiere? Qué otra compensación podría apetecer? Y sin embargo, no es esto todo aún. Ve usted la arista sinuosa de aquella cordillera? Al amanecer de hoy la he recorrido en parte siguiendo mi camino. Tenía de frente la aurora de estos días estivales. Un hálito fresco emanaba de la tierra, y el valle se me figuraba adormecido bajo de la espesa neblina que lo abrigó durante la noche. Apenas si aquí y allá la copa de los árboles o una curva del río resaltaban entre la masa blanquecina que poco a poco se deshinchaba trepando por las faldas de las sierras circundantes. Todo el horizonte tornábase multicolor a los primeros destellos de la luz, y haces oblicuos brillaban hacia el cenit o se quebraban allá lejos detrás de las remotas cordilleras avivando sus aristas. En el confín lejano, allá donde se torna azulado el horizonte, divisábase la selva virgen ceñida en cinta argentada por las curvas del río. De las chozas de las faldas se elevaba azul el humo de los hogares. De cuándo en vez cruzaban el sendero campesinos alegres que cantaban sus canciones, mientras dejaban perezosamente los ganados su sitio de reposo para pastar con avidez la grama humedecida. Mi espíritu maravillado bendecía el esplendor de esa naturaleza y se extasiaba en su contemplación, creyendo ver en el despertar de la mañana una renovada aparición del mundo. Pocas horas después me acerqué a una granja y pedí un vaso de leche. Tibia y espu-

mosa despedía un olor suave de ganado y de césped húmedo: su olor y su sabor me revelaba la bondad de su naturaleza y era a un tiempo mismo prenda de salud y símbolo de la pureza del campo. La joven que me atendía en ese momento parecióme bella con solo la tersura de su piel y el rosado de sus mejillas y más bella aún por el discreto mirar de sus ojos extraños a toda ficción y apagados por la timidez de un pudor que aún no había herido la caricia de los hombres.

Descendía perezosamente la falda de la cordillera. Al despertar de la vida cotidiana, a la faena de las primeras horas se sucedió el bochorno del mediodía. Un sol canicular caía sobre mí y parecía posado en la naturaleza con quietud de posesión. Pensé que de esa irradiación diariamente repetida surge la vitalidad del mundo; que ese calor y esa luz vivifican todo cuanto existe, al árbol enhiesto de la llanura y al hombre que medita al abrigo de su sombra. Que hay en esa hora meridiana no el símil de una posesión fecunda sino la cópula real de la madre tierra con el sol. Y me pareció que el aire bajo que cubre la llanura no reverberaba al impulso del calor sino que la tierra misma palpitaba al halago de la energía solar.

Cuando llegué a la llanura estaba fatigado y descansé al abrigo de una ceiba centenaria. Su sombra deleitosa me devolvió rápidamente frescura y agilidad. Un viento tibio agitaba las copas de los árboles y jugaba tenuemente con las hierbas florecidas de la pradera, inquieto y atolondrado semejava un sér vivo en sus vaivenes, ora levantando espirales de polvo en el camino, o yéndose con elástica blandura a través de los arbustos que entrechocaban sus hojas con rápido temblor. Aquí y allá pájaros de vistoso plumaje revoloteaban despreocupados trinando a veces suaves melodías y mariposas de colores encendidos aleteaban con tardo vuelo. No lejos de mí un torrente se deslizaba cristalino por un lecho de piedras blanquecinas entre riberas de

arbustos y de grama verdecida por el ambiente húmedo. Con deleitosa pereza me bañé en sus aguas hialinas y sedosas que bajaban de la sierra depurándose entre espumas frágiles al caer de roca en roca. Extendido sobre la arena limpia de su cauce pasaban sobre mí las ondas con suave impulso ciñendo mi cuerpo frescas y transparentes en cariciosa ondulación. El agua pura que golpea los peñascos...! Cómo alivia nuestro cuerpo y ennoblece el pensamiento. Desde remotas edades el hombre la comprendió como símbolo de castidad y de inocencia para sus ritos religiosos; y sagrada fue la del pequeño Jordán, y la del Ganges majestuoso, al pie del alminar en la fontana sarracena como en la pila bautismal de los templos de Cristo. Ella la que sumisa se encauza en beneficio del hombre para regar sus campos, embellecer sus jardines y depurar su cuerpo de la ruda fatiga del trabajo. La que se retuerce en potente catarata para suplir a su debilidad y ayudarle en la industria. Ella, que es maga de creaciones infinitas hasta el milagro de hermanarse con el sol para darnos vida y conciencia.

Cuántas cosas ha pensado mi loco pensamiento! Cruzando el valle mis ojos solazábanse en la plácida verdura de las éras. Y bendecía a mis ojos que me dan a percibir el amarillo verdoso de las cañas, el verde oscuro de los platanales, el cielo azul y la policromía toda de la eterna floración tropical. Mis ojos parecían más y más sedientos de color y miraban al poniente arrebolado de rojas nubecillas, de cúmulos brillantes que reposaban simulando castillos medioevales sobre el azul blanco de las lejanas cordilleras. Allá, en el remoto noroeste, la luz amortiguada semejaba en el espacio un lago de esmeralda diluida y en el fulgor del lecho solar parecía de oro terso. Y después, cuando la sombra emergió de los recodos de la llanura, discreto y melancólico fue surgiendo el resplandor plenilunar. Era la hora religiosa de la tarde. Cada hora tiene su revelación. La

frescura matinal convida a la acción, llama al trabajo. El quieto azul meridiano con su fulguración enervante incita al amor. Y la tarde enciende en nosotros la nostalgia religiosa de lo infinito y del más allá. El pensamiento tiene también su rotación según la luz que lo ilumine y con ella, como el mar ante la luna, sufre de mareas.

Pocas horas me han bastado para infinitas emociones. La armonía del universo en sí y en conexión con mi espíritu se revela en una contemplación estética que dilata los ideales de la vida. Es la belleza del mundo ante el espíritu que por emocionado se torna artista. No sólo el conocimiento ya, sino también la espectación consciente se nos revela ahora como otro dón maravilloso de la vida. ¿No lo ha sentido usted así? Difícil es negarlo.

Y a todo esto que nos viene del universo ha de añadir usted lo que emana de nosotros. El ejercicio de nuestra actividad en todo orden deja una satisfacción inenarrable. La energía acumulada en nuestro organismo, ya se emplee en ejercicio muscular o en lucubraciones mentales, trae consigo en el obrar una compensación. La obra de nuestras manos o de nuestra mente es como un hijo: su sola existencia nos atestigua una creación que enorgullece, y si es buena, su bondad tiene para nosotros, genitores, una sonrisa.

Yo he comprendido la gloria humana no como la beatífica satisfacción que auguran las religiones en un más allá, ni como el orgulloso sentimiento de poder que despierta en los héroes de la historia, ni como aureola de fama que difunde en torno del genio el prestigio de una idea, sino como la benéfica satisfacción de infundir en algo nuestra modalidad personal. Trabajar es crear, y toda creación es una imposición de nuestro ser en el universo ambiente. El que más energía despliegue actuará más en el mundo, impondrá en él más perdurablemente su personalidad y se acercará más al concepto de divino. Porque

la divinidad se concibe sobre todo como entidad creadora, y ya que no está en nosotros el perdurar como individuos, dilatemos nuestra personalidad en actuaciones potentes y duraderas que lleven de nosotros el impulso inicial a través del espacio y del tiempo. La ecuación que se forma entre la intensidad y la extensión puede llevarse a los mundos ideales, puede pensarse también de nuestro espíritu y de nuestra vida personal, y, en consecuencia, a la falta de una vida eterna en extensión propongamos una equivalente en intensidad. Un minuto de trabajo será siempre superior a una eternidad de quietud; el tiempo que empleamos activamente parece dilatarse, y la rápida sucesión de imágenes de algunos ensueños puede simular una vida de siglos para lo que sólo fue un instante. ¿No cree usted que es un soberbio ideal humano el de encauzar nuevas corrientes dentro de la energía cósmica y de revelar nuevos valores en la esfera del pensamiento? Así entiendo yo el significado del hombre.

Una concepción homocéntrica, es verdad, pero legitimada por su mismo valor, nos presenta al universo que se hallara desprovisto de la actividad humana como un sistema de melancólica desolación. Del espíritu del hombre surgen dos complementos de la armonía universal, dígame lo que se quiera: la conciencia del ser que en maravillosas derivaciones ilumina, si no es que crea, la verdad y belleza del cosmos y de la vida; y la actividad inteligente de ese mismo ser que, acopiando de la energía universal una porción trasmutable, reacciona sobre ese universo imponiéndole direcciones que no por pequeñas en la prodigiosa extensión del conjunto son menos portentosas y significativas.

Mejor que el pensamiento vagamente simbolizado en la palabra, pálido símil, la imaginación nos colora estas ideas: en veces cierro los ojos y veo interiormente la sinuosa línea de los caminos, los campos de cultivo que

abrilantan su verdura a la luz del sol sobre las faldas de la cordillera y en la planicie fecunda de los valles, las aldeas que aquí y allá agrupan en torno del campanario blanqueado sencillas moradas de labriegos; las ciudades con sus altas chimeneas, la agitación febril de sus bulevares y el ruidoso vaivén de las locomotoras; los ríos caudalosos y los mares surcados de bajeles, que de uno a otro extremo del mundo llevan las ideas y los artefactos del hombre. Y me figuro a ese mismo hombre, con la mirada escrutadora, fija en el planeta o en los mundos estelares, medirlos, interpretarlos y afirmarlos en su conciencia; o vuelto el espíritu hacia el tiempo, evocar lo que fue y augurar lo que ha de ser. Y así, visto ante el espacio y el tiempo, intérprete y evocador, se me figura ese hombre la concentración sintética del universo mundo, el microcosmos, que decía Lotze.

Como valor personal de la actividad humana, como ideal de vida, tiene consigo aquella dulce bienandanza de las realizaciones cumplidas. Ese descanso espiritual que se sigue de una actividad ejercida eficazmente; ese mérito del reposo que conquistamos con el sudor de nuestra frente. Quien trabaja deja libre curso a la energía de su organismo para que se armonice con la energía ambiente, y de esa armonía surge un bienestar, porque la felicidad es sólo un estado de armonía de nuestro medio interior con el mundo externo; es un equilibrio activo, es decir, siempre mudable y proporcionado. Y no se deslumbre usted por el evangelio del abandono que predicó William James en un momento de reacción, pues una cosa es la maleante ansiedad de una actividad atropellada y otra la acción comedida del pensamiento que ordena las imágenes y rumia introspectivamente la belleza del mundo, porque ésta siempre será del orden de la actividad consciente sin que pueda confundirse con un quietismo vegetal.

En el orden mismo de la actividad, más íntimo todavía, está otro ideal humano que es el amor. De nosotros

emana: surge de nuestro organismo cuando fecundo y sano tiende a dilatarse hacia el futuro. Entre las riquezas espirituales de que goza el hombre está el reino afectivo, que va desde la simpatía hasta el amor. Aquélla es como una atracción benévola que se dice de los seres animados especialmente, pero que en verdad es el lazo de unión que nos liga a todas las cosas de la naturaleza por ley de comunidad, de origen y de la armonía de fuerzas a que con ellas estamos sometidos. Un poco más intensa se nos revela dicha atracción respecto de los seres de nuestra especie y toma el calificativo de sentimiento humanitario. Cerrando aún más el circuito de acción surge como afecto con relación a nuestros parientes y amigos. En llegando a nosotros se le denomina amor propio. Y cuando de la personalidad se eleva hacia la especie en el futuro a través del complemento sexual, se dice de ella simplemente que es amor.

Pero si viene de nosotros este amor, no por ello es menos elevado y placentero. De que nada trunco nos satisfaga, de que lo inacabado nos parezca menos bello y verdadero, no se desprende solamente el concepto de una estimativa peculiar del espíritu humano, sino la más alta verdad de que ese espíritu presiente instintivamente la realidad fundamental del mundo exterior. La división sexual fraccionó nuestro organismo y por eso el amor nos revela el placer más íntimo de la vida, cual es el de sentirnos completos, según cierta intuición de equilibrio, que como el sentimiento de propio vigor crea la euforia al decir de los médicos, el optimismo de los filósofos, aquella *acquiescentia in se ipso*, como bellamente lo expresó Spinoza. Y como la educación ha diferenciado el espíritu de cada sexo aún más de lo que la naturaleza lo dispuso, este complemento que nos trae el amor se torna útil a más de placentero. Y cuán hermoso es si grande y discreto! Íntimo, como una relación de nuestra personalidad, tiene revelaciones

de infinito placer. La mujer amada que cobra de nosotros el sustento y la dignidad nos devuelve en leve apariencia de caricias un cúmulo de energías espirituales. Por ella nos enfrentamos a la lucha tenaz y a ella ofrendamos con benévola sonrisa el éxito de nuestras empresas. El sudor de nuestras frentes se disipa al halago de su mano cariñosa y su palabra de ternura llega a nuestras almas como un licor de suprema virtud fortificante. Misterioso magnetismo el de su sér que así nos levanta de la humilde prostración de los fracasos con solo mirarnos, como nos recompensa de haber conquistado el mundo con desplegar apenas sus labios en sonrisa de aprobación. Ella, la que encargada por la naturaleza y la educación de comprender sólo las relaciones próximas y los pequeños detalles, sustenta, sin embargo, la virtud idealizadora del hombre; ella, la que falta de fuerzas busca nuestro apoyo, desarrolla en nosotros como una chispa inicial la ardencia de todas nuestras fuerzas; ella, la que hace culminar nuestra personalidad como integración de nuestro sér en nosotros y en nuestros hijos.

Ahí tiene usted por qué la vida es útil y es amable, y comprenderá que el conocimiento por su relación con la verdad, la contemplación del mundo como revelación de la belleza, el trabajo como actuación de la energía acumulada en nosotros y el amor como perfecta posesión de nuestra personalidad en el espacio y en el tiempo, son ideales de nuestra vida que la condicionan y recompensan, que la dignifican y embellecen. Ideales no solamente porque son su garantía de seriedad y de bondad, sino porque la regulan haciéndola tanto más noble y útil cuanto mejor se les afirme y depure. Y si usted ve cómo la vida vegetativa que los sustenta es también una fuente de sanos placeres, en manera alguna menospreciados o mal considerados, y piensa que dentro de aquellos ideales caben todas las adquisiciones del espíritu: la religión en el conocimiento

racional; la moral y la libertad como condiciones dignificadoras de la acción humana; el arte en todas sus modalidades, dentro de la contemplación estética, y dentro del amor todos aquellos dulces sentimientos del corazón que son como una aureola de benevolencia y gratos placeres, tiene usted que estos ideales, esbozados por mí apenas, son, en verdad, los cuatro puntos cardinales de la vida.

Calló el filósofo viajero y yo no pude menos de esforzarme por atenuar su optimismo como mejor me vino en mientes:

—Ha dicho usted tantas cosas que no sabría replicarle ordenadamente. Sin embargo, se me ocurre que el conocimiento queda agobiado de infinita tristeza ante el arcano del sér y del destino; que la ponderada belleza del mundo y de la vida se rompe torturada por el dolor y la muerte; que la alegría de la actividad tiene su escollo en la miseria y el cansancio, y que el amor es también sirena con que la especie nos atrapa en un yugo de esfuerzos disolvente de nuestra individualidad. La vida es sólo un conjunto de sorpresas enemigas de nuestro sér débil y desprevenido, coronadas fatalmente por el apagamiento doloroso de la muerte, según la verdad enunciada por los místicos de todos los tiempos.

—Sí: dice usted una verdad sabida desde los comienzos de la conciencia humana. Pero ante el hecho de la vida surgen en el espíritu dos afirmaciones categóricas: que es una realidad superior en sí al no sér, y que en ella misma el alma humana encuentra revelaciones satisfactorias que la enaltecen y tornan placentera. Para comprender la vida no hay que irse a los mundos extraordinarios de la esfinge, sino vivir dentro de ella armoniosamente según la dotación de sér y de conocimiento que nos cupo en suerte. Es del fondo mismo de nuestro espíritu de donde debemos cobrar la recompensa en todas aquellas derivaciones que corresponden a una satisfacción del obrar, del comprender y del

sentir, y que evolucionadas en una interacción de siglos han llegado a simbolizarse en normas de moral, en principios de ciencia, de religión y de filosofía, y en delicadas efusiones de pasión y de sentimiento. Todo cuanto usted alega en contra son desviaciones de la vida, daños que sufre y no su propia esencia. Es preciso no maniatarse en una idea y menos aún en una idea de incompreensión y restrictiva, sino abarcar los conjuntos serenamente, con una serenidad que nos dote, aunque sea por un segundo, de la arrogante suposición de una divinidad que mira a lo infinito y a lo eterno. La vida armoniosa y fecunda que me recuerda el siguiente apólogo imaginado en contra del pesimismo doliente de los desconcertados de la vida:

Más allá de los umbrales de la muerte se encontraron una vez las sombras del viejo Sakia Muni y de Lorenzo el Magnífico. Y como aquél reclamase para sí el honor de pasar adelante, el de Médicis lo miró de hito en hito, con la sonrisa benévola de quien muchas veces dominó a los hombres y recibió caricias de mujer. Te dejaría pasar, le replicó, si tu demanda no presupusiera mayor categoría.

—Soy en verdad mayor que tú y viví más noblemente, insistió Gotama.

—En este reino no hay espacio y el tiempo se dilata en un presente sin sucesiones, que a no ser así ya verías quién es mayor. Vé, no obstante, si te place, y elige un árbitro de tus méritos, que sepa también del mío.

Y el viejo Gotama volvió a poco precedido de la sombra de Salomón para que decidiera de su pleito.

—Es, señor, dijo el monje de la India, que se me niega la precedencia a mí que, nacido en la nobleza, abandoné mis tres palacios, mi esposa joven y mi hijo por la santa meditación. A mí, que al pie de la higuera del Neranjara gocé de la suprema iluminación y comprendí mejor que ningún mortal la insuperable desilusión de la vida humana en el amor y en las riquezas, en los sentidos y en la mente,

y rendí a los ochenta años mi espíritu depurado de toda ambición y falsedad. Que dejé enjutar mi cuerpo a los ardores del sol del trópico y lo lastimé con hambre y con fatigas en el bosque Jetavana y a las orillas del Ganges sacrosanto. A mí, a quien no rindió mujer y para quien este manto raído de amarillez simbólica bastó siempre....

El Rey semita sonrió bajo los rizos de su barba babilónica y vuelto hacia el arrogante florentino inquirió con los ojos su demanda.

—No me conoces, pues?, dijo aquél. Soy de tu especie: la estría jónica modeló las columnas de mis palacios, canté a la juventud himno audaz, estudié la sabiduría antigua y amé la religión y el arte. Y cuando la fiebre del amor reseco mis labios los toqué imperturbable con viejos vinos de Toscana y Chipre.

—Bien está, dijo Salomón: Tú, florentino audaz que comprendiste la vida con un armonioso conjunto y la ensalzaste en la religión y en la sabiduría, en el amor y el arte, pásala primero. Y tú, Gotama, obstinado en el recodo de una idea, pues que despreciaste la belleza del mundo y la alegría del alma, sufrirás muy poco por marchar después....

